A man is kneeling in prayer on a city street at night, with his hands clasped and an open book on the ground. Above him, a glowing dove with a crown on its head is illuminated by a bright light. The background is a dark cityscape filled with digital noise and various text labels. The title 'LA VOZ DE DIOS EN MEDIO DEL RUIDO II' is written in large, golden letters across the top.

LA
VOZ
DE
DIOS
EN MEDIO DEL
RUIDO II

ESCUCHARLO CAMBIA TODO.
SEGUIRLO TRANSFORMA TU DESTINO.

OSVALDO REBOLLEDA

LA VOZ DE
Dios EN MEDIO
DEL RUIDO II



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La importancia de oír al Señor.....	8
Capítulo dos:	
La paz como testimonio interno.....	16
Capítulo tres:	
Puertas abiertas, puertas cerradas.....	20
Capítulo cuatro:	
El arte de la quietud.....	25
Capítulo cinco:	
Desarrollando el oído espiritual.....	29
Capítulo seis:	
La clave para oír más claro.....	36
Capítulo siete:	
La intimidad, el lugar donde Dios habla.....	40
Capítulo ocho:	
Guiados por emociones.....	45

Capítulo nueve:	
Dependencia de voces externas	50
Capítulo diez:	
Confundir actividad con dirección	55
Capítulo once:	
Apagar la voz de Dios	59
Capítulo doce:	
No vivir dirigidos por el alma	63
Capítulo trece:	
Caminar con certeza en la incertidumbre	68
Capítulo catorce:	
Una Iglesia que oye a Dios	72
Capítulo quince:	
¿Estamos oyendo o solo escuchando?	77
Conclusión	81
Reconocimientos	84
Sobre el autor	86

INTRODUCCIÓN

“Aprender a oír la voz de Dios”

Si han llegado hasta aquí, es porque algo ha comenzado a moverse dentro de sus corazones y van por más. No es solo conocimiento lo que han recibido en el primer libro sobre este tema. Es posible que de alguna manera hayan sido confrontados o impulsados a producir ciertos cambios. Probablemente ese material les haya dejado algunas inquietudes, sobre todo el deseo de oír a Dios a pesar de los ruidos que nos rodean. Es por eso que determiné escribir este segundo ejemplar.

El primer libro tuvo un propósito definido: quitar el ruido, exponer las voces, confrontar el corazón y establecer una base firme. No fue cómodo, pero fue necesario. Porque antes de aprender a oír, era imprescindible dejar de estar confundidos. Ahora comienza una etapa diferente, porque ya no se trata solo de identificar lo que está mal, sino de construir lo correcto. No se trata de exponer el problema, sino de desarrollar la capacidad. No se trata de hablar del ruido, sino de aprender a reconocer la voz.

Este segundo libro no busca entregar fórmulas ni métodos mecánicos. No existe una técnica para oír a Dios. Lo que existe es una comunión que debe ser cultivada, una sensibilidad que puede desarrollarse y una vida que debe alinearse progresivamente con el Espíritu Santo.

Aquí comenzarán a comprender cómo Dios habla hoy, cómo discernir Su voz en medio de lo cotidiano, cómo desarrollar el oído espiritual y cómo vivir guiados, no solo en momentos puntuales, sino en cada decisión, en cada proceso, en cada paso de sus vidas.

Pero es importante entender algo desde el principio: Este no es un libro para curiosos espirituales, es un libro para personas dispuestas a cambiar. Porque oír a Dios con claridad no es un privilegio emocional, es una responsabilidad espiritual. Y cada avance en esta área demandará rendición, obediencia y disposición para dejar atrás viejas formas de vivir.

A lo largo de estos capítulos, deseo invitarlos a detenerse, a escuchar, a discernir y a responder. No desde la prisa, no desde la ansiedad de obtener respuestas, sino desde una comunión que puede profundizarse.

Aquí aprenderán que la voz de Dios no siempre grita, pero siempre guía; que no siempre explica todo, pero siempre dirige lo necesario; que no siempre responde como nuestra alma espera, pero siempre se alinea con el propósito eterno.

Este no es un camino de perfección instantánea, es un proceso. Un proceso donde el oído se afina, la sensibilidad crece y la comunión se vuelve más real. Y en ese proceso, la voz de Dios deja de ser una incógnita para convertirse en una guía constante.

Si en el primer libro fueron confrontados, estoy seguro que en este serán formados para un mayor nivel. Si antes aprendieron lo que les impedía oír, ahora aprenderán a escuchar al Señor, y si deciden avanzar con un corazón dispuesto, descubrirán que la voz que han estado buscando no está lejos, no está escondida y no está reservada para unos pocos. Está disponible, está cerca, viva y esperando ser reconocida.



Capítulo uno

LA IMPORTANCIA DE OÍR AL SEÑOR

Vivir en el Reino de Dios no consiste simplemente en adherirse a una doctrina, participar de una congregación o sostener ciertas convicciones espirituales acerca del cielo y la eternidad.

El Reino de Dios es una realidad viva, dinámica y presente, donde el Señor gobierna de manera práctica la vida de aquellos que le pertenecen. Allí donde Dios reina, Su voluntad se convierte en dirección, Su palabra en autoridad y Su voz en el centro de la existencia del creyente.

Por esa razón, una vida de Reino jamás puede desarrollarse correctamente sin escuchar la voz de Dios. No existe gobierno sin dirección, y no existe dirección sin palabras. El silencio absoluto de Dios produciría desorientación espiritual, pero el Reino funciona precisamente porque el Rey continúa hablando a Sus hijos.

Desde el principio de las Escrituras vemos a un Dios que se revela hablando. La creación misma nació por medio de Su voz. “Y dijo Dios...” es una frase que aparece

constantemente en Génesis, demostrando que todo lo que existe fue ordenado, establecido y sostenido mediante la palabra divina.

La voz de Dios no es un detalle secundario del Reino; es el fundamento mismo de toda existencia. El universo responde a Su voz, los cielos obedecen Su mandato, la tierra produce conforme a Su palabra y el hombre fue diseñado para vivir conectado a esa comunicación divina.

El pecado, sin embargo, rompió esa comunión y produjo una humanidad desconectada de la voz del Padre. Desde entonces, una de las mayores tragedias espirituales del ser humano ha sido vivir guiado por sus propios pensamientos en lugar de caminar bajo la dirección del Espíritu de Dios.

Por eso Jesucristo vino no solamente para perdonar pecados, sino también para restaurar la relación entre el hombre y Dios. Jesús no solo abrió el camino hacia el cielo; abrió nuevamente el oído espiritual de aquellos que desean caminar con el Padre.

El Reino de Dios implica volver a vivir bajo la dirección divina. No es casualidad que Jesús dijera: ***“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”*** (Juan 10:27). El verdadero discípulo no es únicamente alguien que aprende conceptos bíblicos, sino alguien que desarrolla sensibilidad espiritual para reconocer la voz del Pastor en

medio de tantas voces que compiten diariamente por controlar el corazón humano.

El gran problema de muchos creyentes modernos es que conocen versículos, doctrinas y principios, pero no han desarrollado una vida de comunión profunda con Dios. Saben hablar acerca de Él, pero les cuesta discernir cuándo Él está hablando. Han reemplazado la intimidad por información.

Sin embargo, el Reino no funciona solamente mediante conocimiento intelectual; funciona mediante obediencia a una voz viva. El Reino es relacional. El Rey habla, Sus hijos escuchan y luego obedecen. Allí radica una de las diferencias más profundas entre religión y Reino. La religión puede sobrevivir con rituales, pero el Reino necesita dirección constante del cielo.

Jesús enseñó claramente que no basta con llamarlo Señor. Dijo que no todos los que le dicen “Señor, Señor” entrarán en el Reino de los cielos, sino aquellos que hacen la voluntad del Padre. Esta declaración revela algo profundamente espiritual: nadie puede hacer la voluntad de Dios si primero no aprende a escucharla.

La obediencia depende de la capacidad de oír. El problema de muchas vidas espirituales estancadas no es falta de actividad, sino falta de dirección divina. Hay personas muy ocupadas en asuntos religiosos, pero completamente desconectadas de la guía del Espíritu Santo. El Reino no

avanza por impulsos humanos, sino por instrucciones del cielo.

La Biblia muestra continuamente hombres y mujeres que aprendieron a vivir bajo la voz de Dios. Abraham salió de su tierra porque oyó una palabra. Moisés enfrentó a Faraón porque escuchó una comisión divina. Samuel aprendió desde niño que la grandeza espiritual comienza diciendo: ***“Habla, Señor, porque tu siervo oye”*** (1 Samuel 3:10).

David gobernó Israel consultando constantemente al Señor. Los profetas vivían atentos a la voz divina, y la Iglesia primitiva avanzó porque el Espíritu Santo seguía hablando. El Reino siempre ha sido guiado por una relación viva entre Dios y Su pueblo.

Hoy Dios continúa hablando. Él no es un Dios mudo ni distante. El problema no es la ausencia de Su voz, sino la falta de sensibilidad espiritual del hombre. Dios habla primeramente por medio de Su Palabra escrita. Las Escrituras son la expresión objetiva de Su voluntad y el fundamento seguro para toda dirección espiritual.

Ninguna experiencia, impresión o supuesta revelación puede estar por encima de la Biblia. Allí encontramos el carácter de Dios, Sus principios eternos y el diseño del Reino. Cada vez que el creyente se expone sinceramente a la Palabra, el Espíritu Santo utiliza las Escrituras para corregir, instruir, confrontar y guiar el corazón. La Biblia no es solamente un libro religioso; es la voz escrita del Rey.

Sin embargo, además de la Palabra escrita, el Espíritu Santo también habla al espíritu del creyente. Existe una comunicación interna y espiritual que no siempre se manifiesta mediante sonidos audibles, sino mediante convicciones profundas, impresiones santas, dirección interior y discernimiento espiritual. Esto es lo que debemos aprender a gestionar.

El hombre natural vive guiado por emociones, razonamientos y deseos, pero el hombre espiritual aprende a percibir la guía del Espíritu Santo en lo más profundo de su ser. Pablo escribió que ***“todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14)***. El Reino no se vive simplemente con fuerza humana; se vive mediante sensibilidad espiritual.

Pero esta sensibilidad no se desarrolla en medio del ruido constante. Vivimos en una generación saturada de distracciones. Las redes sociales, el entretenimiento continuo, la ansiedad, la hiperactividad y la sobrecarga mental han llenado el corazón humano de voces ajenas.

Muchas personas ya no saben permanecer en silencio delante de Dios. El alma moderna teme la quietud porque en el silencio aparecen las verdades que el ruido intenta ocultar. Sin embargo, Dios muchas veces habla en medio de la calma. Elías esperaba encontrar a Dios en el viento fuerte, en el terremoto o en el fuego, pero el Señor se manifestó mediante un silbo apacible y delicado. El Reino requiere quietud

interior. Quien nunca se detiene delante de Dios difícilmente podrá discernir Su dirección.

La intimidad con Dios es indispensable para reconocer Su voz. Jesús dijo que las ovejas conocen la voz de su pastor porque tienen relación con él. La familiaridad espiritual produce discernimiento. Una persona puede distinguir la voz de alguien amado entre miles de personas porque existe comunión constante.

Lo mismo ocurre espiritualmente. Cuanto más cerca vive el creyente del Señor, más fácilmente reconoce cuándo Dios está hablando. La falta de intimidad produce confusión espiritual. Muchos creyentes viven inseguros, indecisos y confundidos porque pasan más tiempo escuchando al mundo que buscando la presencia de Dios.

Además, la desobediencia endurece el oído espiritual. Nadie puede esperar claridad de parte de Dios mientras resiste constantemente Su voluntad. La luz recibida debe ser obedecida para que venga mayor dirección. Cuando el creyente ignora repetidamente la voz de Dios, su sensibilidad comienza a deteriorarse. El corazón se endurece lentamente y la conciencia espiritual pierde discernimiento. Por eso Jesús repetía constantemente: ***“El que tiene oídos para oír, oiga”*** (Mateo 13:9; Marcos 4:9; Lucas 8:8, etc.). No se trataba de oídos físicos, sino de disposición interior para obedecer.

Dios también habla por medio del cuerpo de Cristo. El Reino nunca fue diseñado para vivirse en aislamiento. El Señor utiliza pastores, maestros, consejeros espirituales y hermanos maduros para traer confirmación, corrección y dirección. La soberbia espiritual de quien cree no necesitar consejo muchas veces termina conduciendo al error.

En el Reino, Dios establece autoridad espiritual para proteger, formar y edificar a Su pueblo. La voz de Dios puede llegar mediante una predicación ungida, una palabra de exhortación o incluso una conversación sencilla llena de sabiduría espiritual.

Ahora bien, cuando el creyente aprende a vivir escuchando la voz de Dios, comienzan a manifestarse frutos visibles del Reino. Aparece dirección en medio de la incertidumbre. Dios endereza caminos, abre puertas correctas y evita decisiones destructivas.

La sabiduría divina comienza a gobernar nuestra vida cotidiana. Entonces dejamos de caminar únicamente por lógica humana y aprendemos a depender de la guía del Espíritu Santo. La paz también se convierte en evidencia del Reino. Aun en medio de dificultades externas, existe seguridad interior porque quien escucha a Dios sabe que no está caminando solo. Esto lo veremos más profundamente en el capítulo siguiente.

Además, escuchar la voz de Dios trae provisión espiritual y material. Jesús enseñó que quienes buscan

primeramente el Reino de Dios y Su justicia reciben las demás cosas por añadidura. Cuando el creyente vive bajo dirección divina, aprende a confiar en el cuidado del Padre. El Reino no es ansiedad constante; es dependencia confiada de la fidelidad de Dios. El Señor guía, sostiene y provee para aquellos que caminan bajo Su gobierno.

Finalmente, la voz de Dios produce transformación. La Palabra divina nunca deja igual al hombre que la recibe con fe. Cada vez que Dios habla, algo cambia. Su voz ilumina áreas ocultas, confronta pecados, sana heridas, despierta propósito y produce crecimiento espiritual. El Reino no es una teoría religiosa; es una transformación progresiva mediante la acción viva de la palabra de Dios en el corazón humano.

Por eso, escuchar la voz de Dios no es un privilegio reservado para unos pocos espirituales, sino una necesidad diaria para todo ciudadano del Reino. El creyente que desea vivir bajo el gobierno del cielo debe aprender a detenerse delante del Señor, cultivar intimidad, amar las Escrituras y desarrollar sensibilidad al Espíritu Santo.

El Reino pertenece a aquellos que no solamente hablan acerca de Dios, sino a quienes caminan diariamente bajo la dirección de Su voz. Allí donde Dios habla y el hombre obedece, el Reino se manifiesta con poder, porque el gobierno de Dios siempre comienza cuando alguien decide escuchar.

Capítulo dos

LA PAZ COMO TESTIMONIO INTERNO

Cuando de oír la voz de Dios se trata, no todo lo que podemos percibir como correcto viene acompañado de explicaciones claras, pero sí debería venir acompañado de una evidencia interna: “la paz de Dios”. No como una emoción superficial, sino como un testimonio espiritual que confirma la dirección recibida.

La paz no es simplemente ausencia de conflicto externo, ni comodidad emocional. Es una señal interna que el Espíritu Santo produce cuando el corazón está alineado con la voluntad de Dios. Es una estabilidad que no depende de las circunstancias, sino de la comunión.

El apóstol Pablo lo expresa en **Filipenses 4:7**: “*Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*”. Esta paz no se explica desde la lógica, se reconoce desde el espíritu. Puede estar presente incluso cuando la decisión desafía la razón o genera incertidumbre en lo natural.

Aquí es donde muchos se confunden. Interpretan la paz como comodidad, y la incomodidad como señal de que algo no es de Dios. Pero en el Reino, no siempre lo que Dios pide será cómodo. Muchas veces implicará salir de lo conocido, enfrentar procesos, tomar decisiones que no tienen respaldo visible. Y aun así, en medio de todo eso, puede haber paz.

La paz de Dios no elimina el desafío, pero sí establece una certeza interna que sostiene en medio del desafío, por eso el mismo Pablo escribió en **Colosenses 3:15**: ***“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones”***. La palabra “gobierne” implica autoridad. No es una sugerencia emocional, es un criterio espiritual. La paz actúa como un árbitro interno que valida o alerta.

Cuando una decisión viene de Dios, aunque no se entienda completamente, hay una tranquilidad profunda que permanece. Pero cuando algo no está alineado, aunque parezca correcto externamente, suele haber una inquietud interna que no desaparece. Ese testimonio interno no debe ser ignorado. Es una de las formas más claras en que el Espíritu Santo guía.

Es importante, sin embargo, diferenciar entre la paz espiritual y la comodidad emocional. La comodidad busca evitar el conflicto, la paz puede coexistir con él. La comodidad se basa en lo que resulta fácil, la paz se basa en lo que está alineado.

Jesús mismo vivió esta realidad. En el Getsemaní, enfrentando la cruz, no estaba en un estado de comodidad emocional. Había angustia, había peso. Pero había una decisión firme de alinearse con la voluntad del Padre. **“No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42)**. Y en esa entrega, había una paz que trascendía la situación. La paz verdadera no nace de que todo esté resuelto, sino de saber que se está en la voluntad de Dios.

Otro aspecto importante es que la paz no se fuerza. No se produce por autosugestión ni por repetición mental. Es el resultado de una alineación real. Cuando el creyente intenta convencerse de que algo está bien, pero en lo profundo hay inquietud, esa paz no es genuina. El Espíritu Santo no necesita ser forzado para dar testimonio. Cuando Él guía, la paz fluye naturalmente. Puede requerir fe para sostenerla, pero no requiere esfuerzo para generarla.

Isaías 26:3 dice: **“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado”**. Esto muestra que la paz también está ligada a la confianza. Cuando el corazón confía en Dios, la paz se establece como resultado.

El creyente que aprende a discernir la paz como testimonio interno comienza a tomar decisiones con mayor claridad. No depende únicamente de análisis externos, sino que reconoce lo que ocurre en su interior. Aprende a detenerse cuando no hay paz, y a avanzar cuando la paz está presente, aunque no tenga todas las respuestas.

Pero esto requiere sensibilidad. Porque la paz no siempre es evidente para un corazón distraído, endurecido o contaminado. Es necesario haber trabajado en lo interno para poder percibirla con precisión. Por eso, este principio no funciona de manera aislada. Está conectado con todo lo que hemos visto anteriormente: la condición del corazón, la limpieza interna, la quietud, la dependencia del Espíritu.

Cuando todo eso comienza a alinearse, la paz se vuelve un indicador confiable. No como única guía, pero sí como un testimonio interno poderoso. Y en medio de decisiones, procesos y caminos inciertos, esa paz se convierte en una señal clara de que se está caminando correctamente.

Porque en el Reino, no todo se entiende antes de avanzar, pero sí se puede discernir desde adentro. Y cuando la paz gobierna, el corazón sabe, aun sin explicaciones, que está en el camino correcto.



Capítulo tres

PUERTAS ABIERTAS PUERTAS CERRADAS

En la vida del creyente, las circunstancias forman parte del escenario donde se desarrolla la voluntad de Dios. Puertas que se abren, oportunidades que aparecen, caminos que se cierran, situaciones que cambian inesperadamente, todo esto puede ser utilizado por Dios, pero no todo debe ser interpretado automáticamente como dirección divina.

Aquí es donde muchos se desvían. Han aprendido a leer las circunstancias como si fueran la voz principal de Dios. Si algo se abre, asumen que es Dios; si algo se cierra, concluyen que no lo es. Pero ese tipo de interpretación simplificada puede llevar a errores serios.

Dios puede abrir puertas, sí. **Apocalipsis 3:7** declara que Él *“abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”*. Pero eso no significa que toda puerta abierta proviene de Él, ni que toda puerta cerrada es una señal de que no se debe avanzar.

Las circunstancias no son la base de la dirección, son una posible confirmación. Y cuando se convierten en la base,

el creyente comienza a vivir guiado por lo que ocurre afuera, en lugar de lo que Dios está hablando adentro.

Un ejemplo claro lo encontramos en la vida del apóstol Pablo. En **Hechos 16**, él intenta ir a ciertas regiones, pero el Espíritu Santo se lo impide. Luego, a través de una visión, recibe dirección hacia Macedonia. Es decir, no se guió únicamente por las oportunidades disponibles, sino por la dirección del Espíritu Santo.

Esto revela un principio fundamental: las circunstancias deben ser interpretadas a la luz de la guía interna, no al revés. Hay puertas que se abren que no son de Dios, y hay puertas que se cierran que sí lo son. Porque no todo lo que es posible es correcto, ni todo lo que es difícil es incorrecto.

El enemigo también puede generar oportunidades. Puede abrir caminos que parecen favorables, pero que desvían del propósito. Por eso, el hecho de que algo funcione, avance o sea accesible, no garantiza que provenga de Dios.

Proverbios 16:9 lo expresa así: *“El corazón del hombre piensa su camino; más Jehová endereza sus pasos”*. Esto muestra que la planificación humana y la dirección divina no siempre coinciden. Y cuando el creyente se deja llevar solo por lo que parece lógico en lo externo, puede perder la guía del Espíritu.

También existen momentos donde Dios permite que puertas se cierren no como rechazo, sino como protección o redirección. Pero si el creyente interpreta ese cierre como una señal definitiva sin buscar dirección, puede abandonar un camino que Dios aún está procesando.

Las circunstancias son dinámicas, cambian, se modifican, evolucionan. Pero la voz de Dios es estable. Por eso, no se puede construir dirección sobre algo que es cambiante por naturaleza. El error común es este: buscar señales externas sin haber establecido una convicción interna.

Cuando no hay claridad adentro, cualquier circunstancia se vuelve determinante. Pero cuando hay dirección interna, las circunstancias se interpretan correctamente.

Los creyentes que han alcanzado madurez no se mueven por lo que ven, sino por lo que pueden discernir. Como dice **2 Corintios 5:7**: *“Porque por fe andamos, no por vista”*. Esto no significa ignorar lo que ocurre alrededor, sino no depender de ello como fuente principal. Las circunstancias pueden confirmar, ajustar, incluso facilitar el camino. Pero nunca deben reemplazar la voz de Dios.

Otro peligro es interpretar todo como señal. Hay creyentes que viven buscando significado en cada detalle: si algo salió bien, si alguien dijo algo, si ocurrió cierta coincidencia, todo es visto como una indicación divina. Y eso

genera una espiritualidad inestable, basada en interpretaciones subjetivas. No todo lo que ocurre tiene un mensaje oculto. No todo evento es una señal. Y cuando se vive en esa lógica, se pierde la claridad y se entra en confusión.

Dios puede usar circunstancias, pero no depende de ellas para hablar. Él no necesita manipular eventos para comunicar Su voluntad. Su voz es suficiente. Por eso, el orden correcto es este: primero la dirección interna, luego la confirmación externa.

Cuando Dios habla al corazón, y luego las circunstancias comienzan a alinearse, hay una confirmación. Pero si no hay una base interna, las circunstancias por sí solas no son suficientes.

Los creyentes que aprenden este principio dejan de reaccionar a lo que ocurre y comienzan a discernir lo que Dios está haciendo. No se mueven por impulsos externos, sino por convicción interna. Y en ese lugar, las puertas abiertas ya no los entusiasman automáticamente, ni las cerradas los desaniman. Porque han llegado a comprender que la seguridad no está en lo que ven, sino en lo que ha oído de parte de Dios.

Las circunstancias dejan de ser una guía incierta y se convierten en un escenario donde la voluntad de Dios se manifiesta. Pero solo para aquellos que han aprendido a no

depender de ellas. Porque en el Reino, lo visible no define la dirección, solo la confirma.



Capítulo cuatro

EL ARTE DE LA QUIETUD

En un mundo que celebra la velocidad, la productividad y el movimiento constante, la quietud parece irrelevante, improductiva y hasta incómoda. Pero en el Reino de Dios, la quietud no es una opción secundaria, es un requisito esencial para oír con claridad.

El problema no es que Dios no hable, es que el hombre no se detiene. Y mientras no se detenga, no podrá percibir con profundidad. Porque la voz de Dios no compite con el ritmo acelerado del alma; se revela en el espacio donde el interior ha sido aquietado.

El salmista declara en el **Salmo 131:2**: *“En verdad que me he comportado y he acallado mi alma; como un niño destetado de su madre”*. Esta imagen no es casual. Habla de un proceso intencional, de una decisión consciente de silenciar lo interno para poder estar en una posición de dependencia y sensibilidad.

La quietud no es pasividad, es gobierno interno. No se trata de no hacer nada, sino de ordenar el interior. Es detener el ruido del pensamiento constante, la agitación de las emociones, la urgencia de la voluntad. Es crear un espacio donde el espíritu pueda percibir sin interferencias.

Muchos creyentes quieren oír a Dios, pero no están dispuestos a detenerse lo suficiente como para escucharlo. Viven orando en medio del ruido, leyendo en medio de la distracción, buscando dirección mientras están saturados. Y en ese estado, la percepción se vuelve superficial.

La quietud no ocurre automáticamente, se cultiva. Es una disciplina espiritual que requiere intención. No se trata solo de apagar dispositivos o buscar silencio externo, sino de trabajar el silencio interno. Porque se puede estar en un lugar callado y aun así tener un interior completamente ruidoso.

El **Salmo 46:10** lo declara con autoridad: ***“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”***. Este versículo revela una conexión directa entre quietud y revelación. No dice “conoced y luego estad quietos”, sino al revés. La quietud precede al conocimiento.

Esto significa que hay dimensiones de Dios que no se revelan en la actividad, sino en la quietud. Hay dirección que no se percibe en la prisa, sino en la pausa. Hay claridad que no aparece en el movimiento, sino en la detención.

Jesús mismo practicaba esto constantemente. No solo se apartaba físicamente, sino que cultivaba espacios de comunión donde el ruido externo e interno quedaban fuera. No porque necesitara desconectarse del mundo, sino porque entendía que la conexión con el Padre era la fuente de toda dirección.

La quietud también confronta. Porque en ese espacio, el creyente se encuentra consigo mismo. Ya no hay distracciones que oculten lo que hay dentro. Surgen pensamientos, emociones, inquietudes. Y eso incomoda a muchos.

Por eso, muchos prefieren la actividad. Porque la actividad distrae, la quietud expone. Pero ese proceso es necesario. Porque antes de oír con claridad, es necesario ordenar el interior. Y la quietud es el ambiente donde ese orden comienza a establecerse.

Isaías 30:15 declara: *“En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza”*. Esto revela que la fuerza espiritual no proviene de la actividad constante, sino de la capacidad de reposar en Dios.

El creyente que aprende el arte de la quietud desarrolla una sensibilidad diferente. Comienza a percibir lo que antes pasaba desapercibido. La voz de Dios deja de ser lejana y comienza a ser cercana, no porque haya cambiado, sino porque el corazón ahora está en la posición correcta.

La quietud no elimina las responsabilidades, pero redefine la forma de enfrentarlas. No se trata de vivir aislado, sino de vivir desde un interior ordenado. Es llevar ese estado de calma espiritual a medio del movimiento diario. Pero ese estado no se improvisa. Se forma en los momentos intencionales de detención. En los espacios donde el creyente decide parar, callar, esperar.

Muchos quieren dirección inmediata, pero no han desarrollado la capacidad de permanecer. Quieren respuestas rápidas, pero no han aprendido a escuchar profundamente. La voz de Dios no siempre responde a la urgencia del hombre, responde a la disposición del corazón.

La quietud es la evidencia de esa disposición. Es decirle a Dios: “Estoy aquí, no solo para hablar, sino para escuchar. No solo para pedir, sino para recibir. No solo para moverme, sino para alinearme”. En ese lugar, algo cambia, el ruido pierde fuerza, la mente se ordena, el corazón se aquieta, y la voz de Dios, que siempre estuvo, comienza a percibirse con claridad.

Porque en el Reino, no se trata de oír más fuerte, se trata de escuchar más profundo. Y eso solo ocurre en el arte de la quietud.

Para indagar más sobre este tema, les recomiendo leer mis libros titulados: “Sosiego” y “El abandono del lugar secreto”, seguramente pueden aportarles mucho más sobre la importancia de practicar la quietud espiritual.

Capítulo cinco

DESARROLLANDO EL OÍDO ESPIRITUAL

Oír a Dios no es un evento aislado, es una capacidad que se desarrolla. No es solamente una experiencia ocasional, es una sensibilidad que se forma con el tiempo. Y así como el oído natural puede entrenarse para distinguir sonidos, el oído espiritual también puede ser afinado para reconocer la voz de Dios con claridad.

El problema de muchos creyentes no es que Dios no les hable, sino que no han ejercitado su capacidad de discernir. Perciben cosas, sienten impresiones, reciben pensamientos... pero no saben identificar con certeza su origen. Y en esa falta de claridad, terminan dudando, confundiendo o incluso ignorando lo que Dios está hablando.

Hebreos 5:14 establece un principio fundamental: *“El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”*. Esto revela que el discernimiento no es automático, es el resultado del ejercicio. Se desarrolla con la práctica, con la exposición constante, con la respuesta intencional.

La sensibilidad espiritual no se forma en la teoría, se forma en la práctica de la relación con Dios. Cada vez que el creyente se detiene, escucha, discierne y responde, algo se afina en su interior. Y con el tiempo, lo que antes era confuso, comienza a volverse claro.

Este proceso requiere paciencia. No se desarrolla de un día para otro. Implica cometer errores, aprender, corregir, volver a intentar. Pero cada paso en ese proceso fortalece la capacidad de discernir.

Uno de los elementos clave en este desarrollo es la atención. No se puede discernir lo que no se observa. El creyente necesita aprender a prestar atención a lo que ocurre en su interior: pensamientos que surgen, impresiones que permanecen, convicciones que se establecen.

No todo lo que aparece debe ser aceptado, pero todo debe ser evaluado. Y esa evaluación se hace a la luz de la Palabra, del testimonio interno del Espíritu y de la paz que gobierna.

La sensibilidad también implica reconocer patrones. La voz de Dios tiene una forma de operar. No es caótica, no es contradictoria, no es impulsiva. Es coherente, alineada con la Escritura, consistente en su naturaleza. Con el tiempo, el creyente comienza a reconocer esa “forma” de hablar. No porque haya aprendido una técnica, sino porque ha conocido al que habla.

Jesús dijo en **Juan 10:4**: “*Las ovejas le siguen, porque conocen su voz*”. No dice que la analizan, dice que la conocen. Ese conocimiento no es intelectual, es relacional. Es el resultado de una cercanía constante. Aquí aparece un principio clave: no se puede reconocer una voz que no se ha escuchado lo suficiente.

Por eso, la sensibilidad espiritual está directamente relacionada con el tiempo que se invierte en la presencia de Dios. No como una obligación religiosa, sino como una relación viva. Cuanto más se está con Él, más se reconoce Su voz.

Otro elemento importante es la respuesta. La sensibilidad se afina cuando se responde correctamente. Cada vez que el creyente obedece una impresión del Espíritu, su capacidad de discernir se fortalece. Pero cada vez que ignora, esa sensibilidad se debilita. Esto conecta directamente con lo que vimos anteriormente: la obediencia no solo es una acción, es un medio de formación espiritual.

El creyente que responde a Dios comienza a desarrollar confianza. Ya no duda tanto, ya no necesita tantas confirmaciones externas, porque ha visto el fruto de haber obedecido anteriormente. Y esa experiencia fortalece su percepción.

Sin embargo, también es importante evitar el extremo opuesto: actuar sin discernir. La sensibilidad no es impulsividad. No se trata de actuar ante cada impresión sin

evaluar. Se trata de aprender a discernir con equilibrio, filtrando correctamente antes de responder.

1 Juan 4:1 advierte: “*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios*”. Esto muestra que el discernimiento requiere prueba, evaluación, confirmación interna.

El desarrollo del oído espiritual también implica aprender a diferenciar niveles de claridad. No todo lo que Dios habla tiene el mismo peso. Hay impresiones suaves, hay convicciones firmes, hay direcciones claras. Y el creyente necesita aprender a reconocer la diferencia.

Esto evita errores. No toda impresión requiere acción inmediata. Algunas necesitan ser confirmadas, otras procesadas, otras simplemente observadas. La madurez consiste en saber cómo responder en cada caso.

La sensibilidad espiritual transforma la manera en que el creyente vive. Ya no depende únicamente de lo externo, sino que comienza a ser guiado desde adentro. Ya no reacciona a lo que ocurre, sino que discierne lo que Dios está haciendo. Y en ese proceso, la voz de Dios deja de ser esporádica para convertirse en una guía constante.

Pero esto no ocurre por casualidad, se desarrolla, se ejercita, se cultiva. Y cada creyente tiene la responsabilidad de trabajar en ello. Porque en el Reino, no basta con saber que Dios habla, es necesario aprender a reconocer Su voz con

precisión, y eso solo ocurre cuando el oído espiritual ha sido afinado por la práctica constante de escuchar, discernir y obedecer.

Escuchar a Dios es el hecho más importante de nuestra vida y absolutamente clave para alcanzar sabiduría; porque al escuchar a Dios y a los demás con atención, en una postura de apertura y humildad, nuestras respuestas y decisiones mostrarán una comprensión más profunda

En **Deuteronomio 6:4 y 5**, vemos que el llamado a escuchar fue siempre una práctica de Dios al dirigirse a su pueblo: *“Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”*, y esto no es algo que haya dejado de estar vigente, porque claramente atraviesa las dimensiones del Nuevo Pacto.

En **Apocalipsis 3:20** Dios nos expresa que la acción de escuchar su voz nos permitirá recibir sus bendiciones: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta...”* La escucha activa, no solo de las personas, sino principalmente de Dios, es vital para nuestra transformación espiritual y para vivir una vida conforme a Su voluntad.

Esta escucha activa, combinada con obediencia, es lo que transforma la vida del creyente, guiándolo por el camino de la sabiduría, la fe y la santidad. La relación entre escucha

activa y sabiduría es profunda y multifacética, especialmente en el contexto cristiano.

Una de las características de la sabiduría es la capacidad de reflexionar antes de actuar, lo que evita decisiones impulsivas o apresuradas. La escucha activa ayuda a frenar la tendencia a hablar o reaccionar rápidamente, lo que da espacio para pensar, ponderar y elegir mejor. En este sentido, la escucha activa permite que la sabiduría fluya a través del proceso reflexivo, haciendo que las respuestas sean más prudentes y sensatas.

Desde una perspectiva cristiana, la sabiduría no solo se refiere a un entendimiento humano o intelectual, sino también a la capacidad de discernir la voluntad de Dios y vivir conforme a Su verdad. La Escritura nos enseña que escuchar a Dios es un acto fundamental para ser sabios. **Proverbios 1:5**: *“El sabio oirá y aumentará su saber, y el entendido adquirirá consejo”*. Este versículo destaca que la sabiduría comienza con una actitud de escucha.

El sabio no solo acumula conocimiento, sino que escucha atentamente para crecer y mejorar. **Santiago 1:19 y 20**: *“Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios”*. En este versículo, Santiago subraya la importancia de escuchar antes de hablar, lo cual es un principio esencial para vivir de manera sabia y justa. La escucha activa no solo nos ayuda a

entender a los demás, sino que también nos permite controlar nuestras reacciones y tomar decisiones más sabias.

Desde una perspectiva cristiana más profunda, la sabiduría espiritual se obtiene principalmente a través de la escucha de la voz de Dios. Esta virtud nos permite reflexionar antes de emitir juicios, lo que nos ayuda a tomar decisiones y a responder efectivamente ante las situaciones de la vida.

“El corazón del entendido adquiere sabiduría; Y el oído de los sabios busca la ciencia”.

Proverbios 18:15



Capítulo seis

LA CLAVE PARA OÍR MÁS CLARO

Oír a Dios no es el fin del proceso, es el inicio de una responsabilidad. Porque cada vez que Dios habla, no lo hace solo para informar, sino para provocar una respuesta. Y es en esa respuesta donde se define si la voz se vuelve más clara o más distante.

Muchos creyentes desean oír más a Dios, pero no han entendido este principio fundamental: la claridad de la voz está directamente relacionada con la obediencia a lo que ya fue dicho. No se trata de cuántas veces Dios habla, sino de cuántas veces el creyente responde.

Jesús lo expresó con una lógica espiritual ineludible en **Juan 14:21**: *“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”*. La manifestación está ligada a la obediencia. No es un acto aislado, es una dinámica relacional. Esto significa que la revelación no aumenta simplemente por pedir más, sino por responder mejor.

Cada vez que el creyente recibe una dirección y la obedece, su sensibilidad espiritual se fortalece. Su oído se afina, su discernimiento se agudiza, su confianza crece. Pero cada vez que ignora, posterga o justifica, algo comienza a deteriorarse internamente. No es que Dios deje de hablar por capricho, sino que el corazón comienza a cerrarse por falta de respuesta.

Lucas 8:18 presenta un principio poderoso: *“Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará”*. Esto revela que la capacidad de oír no es estática, se incrementa o se pierde según la respuesta.

El que oye y responde, oye más, el que oye y no responde, comienza a perder lo que tenía. La obediencia no solo valida la voz, la amplifica.

Aquí es donde muchos creyentes se estancan. Buscan nuevas palabras, nuevas direcciones, nuevas confirmaciones, pero han dejado pendientes las instrucciones anteriores. Quieren avanzar, pero no han respondido al último paso que Dios les mostró. Y en ese punto, el cielo parece en silencio. No porque no haya nada más que decir, sino porque hay algo pendiente por hacer.

Dios no acumula palabras innecesarias. Él habla con propósito. Y cada palabra que da tiene un peso, una intención, una dirección específica. Cuando esa palabra no es respondida, no hay necesidad de añadir otra.

Eclesiastés 5:4 y 5 advierte: *“Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla... Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas”*. Esto refleja el valor que Dios le da a la respuesta. No se trata solo de oír correctamente, sino de actuar conforme a lo oído.

La obediencia no siempre es fácil. Muchas veces implica renunciar, ajustar, cambiar, salir de lo cómodo. Puede confrontar deseos, desafiar la lógica, incomodar el alma. Pero es precisamente en ese proceso donde el creyente crece y se alinea. No hay desarrollo espiritual sin obediencia.

Santiago 1:22 lo dice claramente: *“Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”*. El engaño no está en no oír, sino en oír sin hacer. Porque crea una ilusión de espiritualidad que no produce transformación.

El creyente que obedece comienza a experimentar algo diferente. La voz de Dios deja de ser esporádica y se convierte en una guía continua. No porque Dios hable más, sino porque hay un flujo constante entre lo que Él dice y lo que el creyente hace. Se establece una dinámica viva.

Dios habla, el creyente responde, Dios guía más... En cambio, cuando no hay respuesta, el flujo se interrumpe. Dios habla, el creyente ignora, el proceso se detiene. Esto no es castigo, es consecuencia.

La obediencia también produce confianza. Cada vez que el creyente responde y ve el resultado, su fe se fortalece. Ya no duda tanto, ya no necesita tantas confirmaciones, porque ha comprobado que la voz que oye es fiel, y esa confianza le permite avanzar con mayor seguridad.

Pero también hay otro lado: ignorar la voz de Dios no solo afecta la sensibilidad, también puede llevar a tomar decisiones equivocadas. Porque al dejar de depender de la guía divina, el creyente comienza a apoyarse en su propia lógica, en sus emociones o en influencias externas, y ahí es donde el desvío comienza.

Por eso, la obediencia no es opcional en la vida del creyente que quiere ser guiado. Es la clave. No se trata de perfección, sino de disposición. No se trata de no fallar nunca, sino de responder con sinceridad cada vez que Dios habla.

Incluso cuando hay errores, el corazón dispuesto a obedecer vuelve rápidamente al camino, porque Dios no busca perfección inmediata, busca corazones rendidos, y en ese tipo de corazón, la voz de Dios encuentra un lugar donde no solo es oída, sino también obedecida, y cuando eso ocurre, algo cambia radicalmente: la voz se vuelve más clara, la dirección más precisa, y la comunión más profunda. Porque en el Reino, no oye más el que más pide, oye más el que más obedece.



Capítulo siete

LA INTIMIDAD, EL LUGAR DONDE DIOS HABLA

En el camino de aprender a oír a Dios, llega un punto donde el énfasis deja de estar en las técnicas, en los principios o en los métodos, y se centra en algo mucho más esencial y determinante: “la comunión”. Porque la voz de Dios no es un fenómeno que se activa, es el fruto de una vida que se cultiva, y esa comunión tiene un nombre que muchos conocen en teoría, pero pocos desarrollan en profundidad: “intimidad”.

La intimidad con Dios no es un concepto emocional ni una experiencia ocasional, es un espacio relacional donde el creyente deja de buscar solamente dirección y comienza a buscar a Dios por quien Él es. Y es precisamente en ese cambio de enfoque donde algo se transforma profundamente, porque cuando la búsqueda deja de ser utilitaria y se vuelve relacional, la voz de Dios deja de ser esporádica y comienza a ser natural.

Muchos se acercan a Dios con una intención clara: necesitan ayuda, necesitan respuestas para sus problemas, buscan dirección, quieren saber qué hacer. Y aunque Dios, en

Su gracia, responde muchas veces a ese tipo de búsqueda, ese no es el diseño más profundo del Reino.

Dios no quiere ser consultado únicamente en momentos de necesidad, quiere ser conocido en todo momento. No desea una relación basada en preguntas, sino una comunión constante. Y en ese contexto, la voz deja de ser una respuesta aislada y se convierte en una expresión continua de una unión viva.

La Escritura revela este principio de manera clara cuando en el **Salmo 25:14** se declara que *“la comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto”*. Aquí no se habla de información, se habla de revelación; no de datos, sino de conocimiento profundo. Y ese conocimiento no se entrega desde la distancia, sino desde la cercanía. Dios revela Su corazón a aquellos que están cerca, no a los que simplemente preguntan desde lejos.

Este es uno de los errores más comunes en la vida espiritual: querer oír a Dios sin desarrollar intimidad con Él. Es buscar la voz sin buscar al que habla. Es querer dirección sin comunión. Y en ese enfoque, el creyente puede tener experiencias aisladas, pero no una vida guiada de manera constante.

La intimidad no se construye en momentos de urgencia, se forma en la constancia. No es el resultado de una oración intensa en un día específico, sino de una vida que decide permanecer en la presencia de Dios de manera

continua. Es en ese permanecer donde el corazón comienza a alinearse, donde la mente se ordena, donde el alma se aquieta, y donde el espíritu se vuelve sensible.

Jesús mismo expresó esta verdad de forma contundente cuando dijo en **Juan 15:4**: “*Permaneced en mí, y yo en vosotros*”. No dijo visitadme ocasionalmente, ni consultadme cuando lo necesiten, sino permaneced. Y ese permanecer implica continuidad, implica cercanía, implica una relación que no se interrumpe.

En esa permanencia, la voz de Dios deja de ser difícil de reconocer. No porque se vuelva más fuerte, sino porque el creyente se vuelve más familiarizado con ella. Así como una persona reconoce la voz de alguien cercano sin necesidad de esfuerzo, de la misma manera el que vive en intimidad con Dios reconoce Su voz con naturalidad. No necesita analizar cada impresión, no necesita confirmar constantemente, porque hay un conocimiento relacional que le permite discernir con claridad.

La intimidad también transforma la motivación. El creyente deja de buscar a Dios por lo que puede recibir y comienza a buscarlo por quien Él es. Y en ese cambio, ocurre algo poderoso: Dios comienza a confiar más de Su corazón, porque encuentra un espacio donde no es utilizado, sino amado. Y cuando eso sucede, la revelación se profundiza.

Esto no significa que el creyente ya no necesite dirección, sino que la dirección fluye de manera natural

dentro de la comunión. Ya no es una búsqueda desesperada, es una consecuencia de esa comunión. Ya no es una urgencia, es una expresión de cercanía.

El apóstol Pablo refleja esta dimensión cuando dice en **Filipenses 3:10**: “*A fin de conocerle*”. No dice a fin de saber qué hacer, ni a fin de recibir dirección, sino a fin de conocerle. Y en ese conocimiento, todo lo demás encuentra su lugar.

La intimidad también confronta, porque en ese espacio no hay lugar para máscaras ni para superficialidad. Dios trata el corazón, alinea las motivaciones, corrige lo que está fuera de orden. Y aunque ese proceso puede ser incómodo, es absolutamente necesario para que la voz de Dios sea percibida sin distorsión.

Muchos quieren oír a Dios claramente, pero no están dispuestos a ser tratados profundamente. Y sin ese tratamiento, la percepción siempre estará condicionada por el estado del corazón. Pero cuando el creyente abraza la intimidad, acepta también el proceso de transformación que viene con ella.

Y en ese lugar, algo comienza a estabilizarse. La vida deja de ser una búsqueda constante de respuestas y se convierte en una comunión continua con Aquel que las tiene. La ansiedad disminuye, la claridad aumenta, la dirección se vuelve más precisa.

Porque la voz de Dios no se revela plenamente a corazones ocasionales, sino a corazones cercanos. Y cuando la intimidad se vuelve el centro, todo lo demás se ordena. La voz se reconoce, la dirección se afirma, la comunión se profundiza.

Ya no se trata de intentar oír a Dios, se trata de caminar con Él. Y en ese caminar, la voz deja de ser un misterio, para convertirse en una compañía constante.



Capítulo ocho

GUIADOS POR EMOCIONES

Uno de los desvíos más comunes y a la vez más normalizados en la vida cristiana es vivir guiado por emociones creyendo que se está siendo guiado por Dios. No se trata de una rebeldía consciente, ni de un rechazo a la voz divina, sino de una confusión interna donde lo que se siente comienza a tomar el lugar de lo que Dios dice, y en ese intercambio silencioso el creyente pierde dirección sin darse cuenta.

Las emociones forman parte del diseño humano, no son un error ni un enemigo en sí mismas. Dios las creó y cumplen una función importante en la vida del hombre. Sin embargo, nunca fueron diseñadas para gobernar. Cuando las emociones ocupan el lugar de la dirección espiritual, la vida se vuelve inestable, fluctuante y profundamente vulnerable al engaño.

El problema no es sentir, el problema es depender de lo que se siente para tomar decisiones espirituales. Porque las emociones cambian, se intensifican, se debilitan, reaccionan a circunstancias, recuerdos, percepciones y estados internos

que no siempre están alineados con la verdad. Y cuando el creyente se guía por ellas, su caminar deja de ser firme y comienza a oscilar constantemente.

La Escritura establece un contraste claro en **Romanos 8:6** cuando declara que ocuparse de la carne produce muerte, pero ocuparse del Espíritu produce vida y paz. Esto no se refiere solamente a lo pecaminoso, sino a la fuente desde la cual se vive. La carne, en este contexto, incluye el alma no sometida, y dentro de ella, las emociones desordenadas. Cuando ellas dirigen, el resultado es confusión; cuando el Espíritu guía, el resultado es estabilidad.

Muchos creyentes toman decisiones basadas en cómo se sienten en un momento determinado. Si sienten entusiasmo, avanzan; si sienten temor, retroceden; si sienten paz emocional, interpretan que es Dios; si sienten incomodidad, concluyen que no lo es. Pero este tipo de vida no es guiada por el Espíritu Santo, es guiada por estados internos variables.

La paz emocional no es lo mismo que la paz espiritual, y la incomodidad emocional tampoco es una señal automática de que algo está fuera de la voluntad de Dios. De hecho, muchas veces Dios guiará al creyente a atravesar procesos que no son emocionalmente cómodos, pero que son espiritualmente correctos. Y si la persona no ha aprendido a discernir esto, rechazará la dirección de Dios simplemente porque no se siente bien.

Jeremías 17:9 declara que el corazón es engañoso más que todas las cosas, lo cual incluye esa dimensión emocional que muchas veces se presenta como guía confiable. Esto no significa que todo lo que se siente es falso, sino que no todo lo que se siente es confiable como dirección.

El creyente que vive guiado por emociones comienza a experimentar altibajos constantes. Un día está firme, convencido, decidido; al siguiente, duda, retrocede, cuestiona todo. No porque Dios haya cambiado, sino porque su base no es estable. Está construyendo su caminar sobre algo que no fue diseñado para sostenerlo.

Esto también afecta la percepción de la voz de Dios. Las emociones intensas pueden opacar la claridad espiritual. Una emoción fuerte puede parecer una convicción, pero no necesariamente lo es. Y si no hay discernimiento, se puede confundir intensidad con dirección.

Santiago 1:6 al 8 describe a la persona que duda como alguien inconstante en todos sus caminos, comparándola con una ola del mar que es arrastrada por el viento. Esa imagen refleja perfectamente al creyente que vive guiado por emociones: movido, inestable, sin dirección firme.

Pero Dios no diseñó la vida cristiana para ser vivida de esa manera. Él no guía a través de estados cambiantes, sino a través de una dirección estable que produce vida y paz, una paz que no depende de cómo se siente el alma, sino de la certeza que el Espíritu establece en lo profundo.

Esto no significa ignorar las emociones, sino ubicarlas en el lugar correcto. Las emociones deben responder a la verdad, no definirla. Deben alinearse con la dirección de Dios, no sustituirla. Cuando están ordenadas, pueden acompañar el proceso, pero nunca liderarlo.

El creyente maduro aprende a escuchar lo que siente, pero no se somete a ello. Evalúa sus emociones, las filtra, las presenta delante de Dios, pero no toma decisiones basadas únicamente en ellas. Su referencia no es el estado interno del momento, sino la dirección que ha recibido del Espíritu Santo.

Esto requiere disciplina, porque muchas veces será necesario avanzar aun cuando las emociones no acompañen. Será necesario obedecer en medio de la duda emocional, mantenerse firme en medio del temor, continuar en medio de la incomodidad. Y es en ese tipo de obediencia donde la madurez se forma.

Con el tiempo, algo comienza a cambiar. Las emociones dejan de gobernar y comienzan a alinearse. Ya no lideran el proceso, lo acompañan. Y el creyente deja de ser inestable, porque ha encontrado una base más firme que lo que siente.

La voz de Dios se vuelve más clara cuando las emociones dejan de interferir. No porque desaparezcan, sino porque han sido sometidas. Y en ese orden, la percepción se

afina, la dirección se fortalece y la vida comienza a estabilizarse.

Porque en el Reino, no es guiado el que más siente, sino el que ha aprendido a someter lo que siente a la voz de Dios. Y cuando eso ocurre, la vida deja de ser una montaña rusa espiritual, para convertirse en un caminar firme, sostenido y guiado desde lo eterno.



Capítulo nueve

DEPENDENCIA DE VOCES EXTERNAS

En la vida del creyente, recibir enseñanza, consejo y dirección a través de otros es parte del diseño de Dios, pero cuando aquello que fue establecido como ayuda se convierte en sustituto, el crecimiento se detiene y la comunión personal con Dios comienza a debilitarse sin que la persona lo perciba de inmediato.

La dependencia de voces externas no siempre se manifiesta como un error evidente, muchas veces se disfraza de humildad, de búsqueda sincera, de deseo de no equivocarse, pero en su raíz es una falta de desarrollo en la capacidad de oír a Dios directamente.

El problema no está en escuchar a otros, sino en no saber vivir sin ellos. Porque cuando el creyente necesita constantemente que alguien más le confirme, le diga, le interprete o le indique qué hacer, su vida espiritual deja de ser guiada desde adentro y comienza a sostenerse desde afuera. Y ese tipo de estructura no es firme, porque depende de la disponibilidad, la opinión y la interpretación de terceros.

La Escritura muestra claramente que Dios levanta ministerios para edificar, para formar, para equipar, pero nunca para reemplazar Su voz en la vida del creyente. **Efesios 4** establece que estos ministerios existen para perfeccionar a los santos, no para generar dependencia permanente. El objetivo es que cada creyente llegue a la madurez, y la madurez incluye la capacidad de discernir y responder a Dios personalmente.

Sin embargo, en la práctica, muchos han desarrollado una espiritualidad delegada. Saben a quién escuchar, saben quién tiene palabra, saben dónde recibir dirección, pero no han aprendido a estar a solas con Dios hasta tener claridad. Y en ese modelo, aunque hay movimiento, no necesariamente hay crecimiento.

Este tipo de dependencia genera una fe prestada. Se cree porque otro lo dijo, se avanza porque otro lo confirmó, se decide porque otro lo interpretó. Pero en lo profundo, no hay una convicción personal que sostenga esas decisiones cuando la presión aumenta o cuando las circunstancias cambian.

Pablo confronta indirectamente esta realidad cuando dice en **1 Corintios 2:5** que la fe no debe estar fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Esto no invalida la enseñanza, pero sí establece un límite claro: la base no puede ser humana, aunque el instrumento lo sea.

El creyente que depende excesivamente de voces externas comienza a perder sensibilidad interna. No porque Dios deje de hablar, sino porque ya no es necesario desarrollar ese oído. Todo lo resuelve preguntando, consultando, buscando una palabra fuera, en lugar de permanecer hasta oír dentro.

Y aquí aparece un peligro mayor: la idolatría ministerial. No en el sentido evidente de adoración, sino en una dependencia emocional y espiritual donde ciertas personas comienzan a ocupar un lugar que le corresponde solo a Dios. Se confía más en lo que dicen que en lo que Dios puede hablar directamente, se da más peso a una palabra externa que a la convicción interna del Espíritu.

Jeremías 17:5 advierte sobre esto al declarar maldito al hombre que confía en el hombre y pone carne por su brazo. No está hablando de rechazar toda ayuda, sino de no hacer de ella el fundamento. Porque cuando el fundamento se desplaza, la dirección también.

Esto no significa que el creyente deba aislarse, ni rechazar consejo, ni caminar solo. La madurez no es independencia de otros, sino correcta dependencia de Dios. Y desde esa dependencia, recibir lo externo como complemento, no como reemplazo.

El equilibrio correcto es este: escuchar a otros, pero confirmar con Dios; recibir enseñanza, pero procesarla en Su

presencia; valorar el consejo, pero no sustituir la dirección interna.

Hechos 17:11 describe a los bereanos como personas que recibían la palabra con disposición, pero examinaban cada día las Escrituras para verificar si lo que se les decía era así. Esa actitud revela madurez: apertura sin ingenuidad, recepción sin dependencia, aprendizaje sin pérdida de discernimiento.

El creyente que crece en esta área comienza a experimentar un cambio profundo. Ya no corre inmediatamente a buscar respuestas externas, sino que primero se detiene delante de Dios. Ya no necesita tantas confirmaciones, porque ha desarrollado una comunión donde la voz de Dios es reconocida.

Esto no lo vuelve orgulloso ni autosuficiente, al contrario, lo vuelve más dependiente de Dios. Y desde esa dependencia, puede recibir lo que otros aportan sin perder su centro.

La dependencia de voces externas también genera confusión cuando las voces son múltiples. Uno dice una cosa, otro dice otra, y el creyente queda en medio sin saber qué hacer. Pero cuando hay una convicción interna establecida, esas voces pierden el poder de desorientar.

Porque la voz de Dios no compite, confirma, y cuando el creyente aprende a vivir desde esa convicción, deja de ser

movido por lo que otros dicen constantemente, y comienza a caminar con una dirección clara, firme y personal.

La vida del Reino no se sostiene sobre lo que otros oyen de Dios para nosotros, sino sobre lo que nosotros hemos oído de Dios directamente. Y hasta que ese principio no se establezca, la fe seguirá dependiendo de factores externos.

Pero cuando se establece desde nuestro interior, algo cambia definitivamente, porque ya no necesitamos que nos digan cada paso que debemos dar, sino que hemos aprendido a escuchar, hemos aprendido a discernir y hemos aprendido a caminar con Dios.

Y es en ese caminar, donde las voces externas dejan de ser una necesidad, para convertirse en un aporte que edifica pero no determina.



Capítulo diez

CONFUNDIR ACTIVIDAD CON DIRECCIÓN

Hay una trampa silenciosa que ha atrapado a muchos creyentes sinceros: creer que estar ocupados en cosas espirituales es equivalente a estar guiados por Dios. La agenda llena, los compromisos constantes, la participación activa en múltiples áreas pueden dar una apariencia de vida espiritual saludable, pero la realidad es que la actividad no siempre es evidencia de dirección, y el movimiento no necesariamente indica alineación.

El Reino de Dios no se mide por cuánto se hace, sino por cuánto de lo que se hace nace de la voluntad de Dios. Sin embargo, en la práctica, muchos han sustituido la dirección por la ocupación, y en ese reemplazo han perdido algo esencial: “la dependencia”.

El problema no es servir, ni trabajar, ni involucrarse, sino hacerlo sin haber sido guiados. Porque cuando la actividad nace de la iniciativa humana y no de la dirección divina, puede generar desgaste, frustración y, con el tiempo, desconexión.

Jesús confronta indirectamente esta realidad en **Mateo 7:22 y 23** cuando dice que muchos le dirán “*Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre... hicimos muchos milagros...?*” y Él responderá que nunca los conoció. No está cuestionando la actividad en sí, sino la relación que la originó. Había obras, pero no había comunión; había movimiento, pero no había dirección.

Este es uno de los engaños más peligrosos, porque la actividad puede ocultar la falta de relación. El creyente se mantiene ocupado, se siente útil, está constantemente haciendo algo, pero no necesariamente está siendo guiado. Y en ese estado, puede pasar mucho tiempo sin darse cuenta de que ha dejado de depender de la voz de Dios.

La actividad constante también puede convertirse en una forma de evasión. Mientras se está haciendo, no se necesita detenerse; mientras se está ocupado, no se enfrenta el silencio; mientras se está sirviendo, no se confronta el interior. Y así, el hacer reemplaza el ser. Pero en el Reino, el orden es claro: primero ser, luego hacer. Primero la comunión, luego la acción. Primero la dirección, luego el movimiento.

Lucas 10 presenta una escena muy reveladora en Marta y María. Marta estaba ocupada, sirviendo, atendiendo muchas cosas; María estaba sentada, escuchando a Jesús. Y aunque lo que Marta hacía no era incorrecto, Jesús señala que María había escogido la mejor parte. No porque servir sea inferior, sino porque sin oír, el servicio pierde su base.

Este principio es fundamental: lo que no nace de oír a Dios, tarde o temprano pierde sentido, pierde fuerza o pierde dirección.

Muchos creyentes comienzan bien, siendo guiados, buscando a Dios, dependiendo de Su voz, pero con el tiempo, a medida que crecen, comienzan a apoyarse en la experiencia, en la rutina, en lo que ya saben hacer. Y sin darse cuenta, dejan de consultar, dejan de esperar, dejan de depender. Y en ese punto, la actividad continúa, pero la guía se ha debilitado.

Proverbios 4:26 dice: *“Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos”*. Esto implica una revisión constante, no de cuánto se está haciendo, sino de desde dónde se está haciendo. Porque es posible avanzar mucho, pero en una dirección incorrecta.

La falta de dirección también produce cansancio espiritual. No el cansancio natural del esfuerzo, sino un desgaste más profundo, donde el alma se agota, la motivación disminuye y la claridad se pierde. Porque cuando se actúa fuera de la voluntad de Dios, no hay gracia que sostenga ese movimiento.

Isaías 40:31 declara que los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas. No los que hacen más, sino los que esperan. Esto revela que la fuerza espiritual no proviene de la actividad, sino de la dependencia.

El creyente guiado por Dios puede hacer mucho, pero no está cargado. Puede estar activo, pero no agotado. Puede servir intensamente, pero con una gracia que lo sostiene. Porque no está operando desde su propia fuerza, sino desde la dirección de Dios.

En cambio, el creyente que se mueve sin dirección puede comenzar con entusiasmo, pero con el tiempo se desgasta. Porque está funcionando desde sí mismo, no desde el Espíritu. Aquí es donde se hace necesario un ajuste profundo: volver a priorizar la dirección por encima de la actividad. Detenerse antes de hacer, preguntar antes de avanzar, escuchar antes de actuar.

Esto puede parecer lento, pero en realidad es el camino más efectivo. Porque cuando Dios dirige, cada paso tiene sentido, cada acción tiene propósito y cada movimiento produce fruto.

El creyente maduro no se deja impresionar por cuánto hace, sino por cuánto de lo que hace proviene de Dios. No busca estar ocupado, busca estar alineado. Y en ese cambio de enfoque, algo se transforma. La actividad deja de ser un fin en sí mismo y se convierte en una expresión de obediencia. El hacer deja de ser una carga y se vuelve una respuesta. Porque en el Reino, no se trata de hacer más, se trata de hacer lo que Dios está diciendo. Y cuando eso se entiende, el movimiento deja de ser confuso, y la vida comienza a fluir con propósito, dirección y gracia.

Capítulo once

APAGAR LA VOZ DE DIOS

Hay un punto en la vida espiritual donde el problema ya no es la falta de claridad, ni la confusión entre voces, ni siquiera la distracción o la inmadurez, sino algo mucho más delicado: la disminución progresiva de la sensibilidad hasta el punto en que la voz de Dios deja de tener impacto. No porque Dios haya dejado de hablar, sino porque el hombre ha dejado de responder de tal manera que, sin darse cuenta, ha comenzado a apagar esa voz en su interior.

El apóstol Pablo lo expresa de manera directa en **1 Tesalonicenses 5:19** cuando dice: *“No apaguéis al Espíritu”*. Esta exhortación revela que existe una responsabilidad humana en la manera en que se responde a la obra del Espíritu Santo. No se trata de que el Espíritu pierda poder, sino de que el creyente puede resistir, ignorar o sofocar Su manifestación interna hasta debilitar su percepción.

Apagar la voz de Dios no es un acto repentino ni dramático, es un proceso silencioso. Comienza con pequeñas desobediencias, con decisiones que se justifican, con

impresiones que se ignoran, con convicciones que se postergan. No parece grave en el momento, pero cada vez que se responde de esa manera, algo se va endureciendo, algo se va cerrando, algo deja de reaccionar como antes.

Al principio, la voz de Dios confronta con claridad, incomoda, insiste, vuelve a hablar. Pero si esa voz no encuentra respuesta, comienza a disminuir su intensidad en la percepción del creyente. No porque Dios deje de hablar, sino porque el corazón deja de estar en la posición de oír.

Este es uno de los peligros más grandes, porque no siempre es evidente. El creyente puede seguir con su vida espiritual, puede seguir participando, sirviendo, escuchando enseñanzas, pero internamente algo ha cambiado. Ya no hay la misma sensibilidad, ya no hay la misma convicción, ya no hay esa respuesta inmediata que antes existía.

Efesios 4:30 advierte: “*No contristéis al Espíritu Santo de Dios*”. Esto muestra que el Espíritu no es una fuerza impersonal, es una persona que se relaciona, que guía, que habla, y que también puede ser resistido. Y cuando esa resistencia se vuelve constante, la relación se ve afectada.

El proceso de apagar la voz de Dios también está ligado a la repetición. No es una sola vez, es muchas veces. No es un error aislado, es una actitud sostenida. Y en esa continuidad, el corazón se adapta a no responder, se acostumbra a ignorar, se vuelve menos receptivo.

Hebreos 3:13 advierte que el pecado engaña y endurece, lo cual conecta directamente con este proceso. Porque cuando el creyente deja de responder a la verdad, comienza a generar una falsa normalidad donde ya no percibe lo que antes sí percibía.

Y aquí aparece uno de los engaños más peligrosos: creer que todo está bien porque ya no hay incomodidad. Pero la ausencia de convicción no siempre es señal de paz, muchas veces es señal de insensibilidad.

Apagar la voz de Dios no significa que el creyente deja de escuchar completamente, sino que pierde la capacidad de discernir con claridad. La voz se vuelve distante, confusa o irrelevante en la práctica. Y en ese estado, la persona comienza a vivir más por lógica, por experiencia o por influencia externa que por dirección del Espíritu.

Esto no ocurre de un día para otro, y por eso es tan peligroso. Es gradual, progresivo, casi imperceptible. Pero sus consecuencias son profundas, porque afectan la base misma de la vida espiritual: “la comunión y la dirección”.

Sin embargo, aun en este escenario, la gracia de Dios sigue estando disponible. Porque Dios no deja de llamar, no deja de buscar, no deja de atraer al corazón que se ha enfriado. Él sigue hablando, aunque la persona no lo perciba con la misma claridad.

El camino de restauración comienza con el reconocimiento. El creyente necesita detenerse y admitir que ha dejado de responder, que ha ignorado, que ha permitido que la sensibilidad disminuya. Y desde ese lugar, volver a rendirse.

Isaías 55:7 invita a este regreso cuando dice que el impío deje su camino y se vuelva a Jehová, quien tendrá misericordia. Esto no es solo para el que está lejos en lo evidente, sino también para el que se ha desconectado internamente.

La restauración de la sensibilidad no ocurre simplemente escuchando más, ocurre volviendo a obedecer. Porque la voz de Dios no se recupera por exposición, se recupera por respuesta. Cuando el creyente vuelve a responder, aunque sea en lo pequeño, algo comienza a reactivarse. La convicción vuelve, la percepción se afina, la comunión se restablece. Y la voz que parecía apagada, vuelve a tener fuerza en el interior.

Dios no ha dejado de hablar, el problema nunca ha sido Su voz. El problema fue la falta de respuesta sostenida. Pero cuando el corazón vuelve a abrirse, cuando decide no ignorar más, cuando vuelve a rendirse, algo se enciende nuevamente. La voz se hace clara, la dirección se restablece, la relación se renueva. Porque el Espíritu Santo no se ha ido. Solo estaba esperando un corazón dispuesto a volver a escuchar. Y cuando eso ocurre, lo que parecía perdido, vuelve a cobrar vida.

Capítulo doce

NO VIVIR DIRIGIDOS POR EL ALMA

Después de haber atravesado el proceso de reconocer las voces, ordenar el corazón, aprender a escuchar, desarrollar sensibilidad y responder con obediencia, somos llevados a una dimensión superior, porque dejamos de vivir reaccionando desde el alma para comenzar a vivir siendo guiados por el Espíritu Santo. Este no es un cambio superficial, es una transformación en nuestra forma de vivir, de decidir, de percibir y de avanzar.

La diferencia entre ser guiados por el Espíritu Santo y ser dirigidos por el alma es profunda, aunque muchas veces sutil en la práctica. El alma reacciona, el Espíritu guía; el alma se mueve por impulsos, el Espíritu nos otorga dirección; el alma responde a lo visible, el Espíritu solo a lo eterno. Y cuando el creyente no ha aprendido a discernir esta diferencia, puede vivir convencido de que está siendo guiado por Dios cuando en realidad está siendo impulsado por su propio interior.

Romanos 8:14 establece con claridad que todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, somos hijos de Dios.

Esto no es una experiencia ocasional, es una identidad. Ser hijo implica ser guiado. No es una opción para algunos más espirituales, es el diseño para todos los que han nacido de nuevo.

Sin embargo, en la práctica, muchos viven dirigidos por el alma. Toman decisiones basadas en lo que sienten, en lo que piensan, en lo que les parece más conveniente o lógico. Y aunque esto puede funcionar en lo natural, no garantiza alineación con la voluntad de Dios.

El alma no fue diseñada para gobernar, fue diseñada para someterse. Cuando el alma toma el control, el creyente pierde la referencia del Espíritu y comienza a depender de sí mismo. Y aunque pueda avanzar, lo hace sin la seguridad de estar en el camino correcto.

Vivir guiados por el Espíritu implica una dependencia continua. No se trata de consultar a Dios solo en decisiones importantes, sino de desarrollar una sensibilidad constante donde cada paso es alineado. No es vivir con miedo a equivocarnos, sino con la convicción de que no queremos avanzar sin Su dirección.

Proverbios 3:6 lo expresa de manera clara y práctica: *“Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”*. No en algunos caminos, no en los más difíciles, sino en todos. Esto implica una relación activa, constante, donde Dios no es una opción secundaria, sino la fuente principal de toda dirección.

Quienes vivimos guiados por el Espíritu Santo, no improvisamos las decisiones espirituales. No actuamos por impulso, no decidimos apresuradamente, no nos movemos solo por oportunidades. Aprendemos a detenernos, a discernir, a esperar si es necesario, y a avanzar cuando hay claridad interna.

Este tipo de vida produce estabilidad. Ya no hay altibajos constantes, ya no hay decisiones contradictorias, ya no hay caminos que se toman y luego se abandonan. Hay una coherencia interna que se refleja en el caminar externo.

Gálatas 5:16 dice: *“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”*. Esto muestra que la vida guiada no es automática, es una decisión continua. No se trata de haber oído a Dios una vez, sino de caminar constantemente en esa dirección.

La guía del Espíritu no elimina la responsabilidad, la establece. Seguimos tomando decisiones normalmente, seguimos avanzando, seguimos actuando, pero lo hacemos desde una dependencia consciente. No nos desconectamos, no nos apoyamos en nuestra propia prudencia, no perdemos la referencia interna, sino que tratamos de caminar en la certeza del gobierno divino.

Esto también transforma la manera de enfrentar la incertidumbre. Quienes somos guiados por el Espíritu Santo, no necesitamos entender todo para avanzar. Podemos caminar con seguridad aun cuando no tenemos todas las

respuestas, porque nuestra confianza no está en el panorama completo, sino en la voz que nos está guiando paso a paso.

Perdónenme que enseñe esto incluyéndome como alguien que practica este tipo de caminar, pero ciertamente lo hago. No podría desarrollar mi vida ministerial, ni haber dado fruto durante tantos años, si no fuera un hombre dependiente, si no fuera un hombre que aprendió a ser guiado por el Espíritu Santo.

Esto no lo digo con jactancia alguna, porque mi aprendizaje no me ha vuelto infalible. Me equivoqué muchas veces para aprender y aun me sigo equivocando, pero puedo afirmar sin vanidad alguna, que puedo enseñar lo que vivo y que se puede vivir lo que enseñé. Dios ha tenido una gran paciencia conmigo, pero creo que he avanzado mucho en mi vida espiritual.

Isaías 48:17 declara: *“Yo soy Jehová tu Dios, que te enseña provechosamente, que te encamina por el camino que debes seguir”*. Esto revela que Dios no solo habla, también conduce. No solo instruye, también acompaña el proceso.

Vivir guiado por el Espíritu también implica renunciar al control. El alma quiere tener todo bajo dominio, quiere entender, anticipar, asegurar. Pero el Espíritu guía en dependencia. Y esa dependencia requiere confianza, rendición, disposición para avanzar sin tener todo resuelto.

Este es uno de los mayores desafíos para el creyente: soltar la necesidad de controlar y abrazar la realidad de ser guiados. Porque mientras el alma quiera dirigir, el Espíritu no podrá gobernar plenamente.

Pero cuando nos rendimos a esa guía, algo cambia profundamente. La vida deja de ser una carga de decisiones constantes y se convierte en un caminar acompañado. La presión disminuye, la claridad aumenta, la dirección se vuelve más precisa. No porque todo sea fácil, sino porque todo está alineado.

Cuando vivimos Reino, dejamos de reaccionar a lo que nos ocurre, vivimos respondiendo a lo que Dios está diciendo. Ya no nos movemos por impulsos, sino por convicción. Ya no dependemos de lo que sentimos, sino de lo que ciertamente podemos discernir.

Es en ese estado, que la vida comienza a fluir con un propósito claro, con una dirección firme y con una paz que no depende de las circunstancias. Porque en el Reino, no se trata de tomar buenas decisiones, se trata de vivir guiados por Dios. Y cuando esa realidad se establece, el alma deja de dirigir, y el Espíritu comienza a gobernar con autoridad, lo que nos permite manifestar Su poder.



Capítulo trece

CAMINAR CON CERTEZA EN LA INCERTIDUMBRE

Una de las mayores tensiones en nuestra vida espiritual no es simplemente oír a Dios, sino sostener lo que hemos oído cuando las circunstancias no nos acompañan con bien, cuando el panorama no es claro y cuando la lógica no puede explicar lo que el Espíritu ha establecido en nuestro corazón. Es en ese punto donde la fe deja de ser una idea y se convierte en una práctica real, donde la certeza interna se enfrenta a la incertidumbre externa.

Muchos desean una vida guiada por Dios, pero en el fondo esperan que esa guía siempre venga acompañada de claridad total, de confirmaciones visibles y de caminos definidos desde el principio. Sin embargo, el diseño del Reino no funciona así. Dios guía, pero no siempre revela todo de una vez; habla, pero muchas veces solo lo necesario para el siguiente paso; afirma, pero no siempre explica.

Hebreos 11:1 declara que la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Esta definición no es teórica, es profundamente práctica, porque muestra que la fe no se apoya en lo visible, sino en lo que ha sido

establecido por Dios en el interior. Y cuando esa certeza está presente, podemos avanzar aun cuando el entorno no nos ofrezca garantías.

Aquí es donde muchos retroceden. No porque no hayan oído a Dios, sino porque no logran sostener lo que oyeron cuando la incertidumbre aparece. La falta de resultados inmediatos, la ausencia de confirmaciones visibles o la aparición de dificultades generan dudas, y esas dudas comienzan a debilitar la convicción inicial.

Pero la dirección de Dios no se valida por las circunstancias, se sostiene por la certeza interna. Lo que Dios habló no pierde validez porque el entorno no lo confirme de inmediato. Y quienes hemos podido madurar espiritualmente aprendemos a caminar desde lo que hemos recibido, no desde lo que vemos.

Abraham es un ejemplo claro de esto. Recibió una palabra de Dios, pero no tenía un mapa completo. Fue llamado a salir sin saber a dónde iba, y sin embargo avanzó. No porque entendía todo, sino porque confiaba en quien le había hablado. Esa es la esencia de la fe: no tener todas las respuestas, pero tener la seguridad suficiente para dar el siguiente paso.

La incertidumbre no es ausencia de Dios, es el escenario donde la fe se manifiesta. No es un obstáculo, es parte del proceso. Porque si todo fuera claro, la fe no sería

necesaria. Pero cuando el camino no está completamente visible, la dependencia se vuelve real.

Isaías 50:10 plantea una pregunta profunda: “*¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová... que anda en tinieblas y carece de luz?*” y luego da la respuesta: “*Confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios*”. Esto muestra que incluso en momentos donde no hay claridad total, el creyente puede sostenerse en la relación con Dios.

Caminar con certeza no significa no tener dudas en el alma, significa no permitir que esas dudas gobiernen la dirección. El alma puede cuestionar, puede inquietarse, puede buscar explicaciones, pero el espíritu permanece firme en lo que ha recibido.

Este tipo de caminar requiere madurez, porque no se basa en emociones, ni en señales externas, ni en resultados inmediatos. Se basa en una convicción que ha sido establecida por Dios y que se sostiene a lo largo del proceso.

También implica renunciar a la necesidad de controlar todo. El alma quiere seguridad antes de avanzar, quiere garantías, quiere claridad absoluta. Pero el Espíritu guía en dependencia, no en control. Y esa dependencia exige confianza.

Proverbios 3:5 lo expresa con claridad: “*Confía en Jehová con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia*”. Esto no es un llamado a ignorar la razón, sino a

no depender de ella como base principal. Porque hay momentos donde la lógica no puede explicar lo que Dios está haciendo.

Quienes hemos aprendido a caminar con certeza en medio de la incertidumbre desarrollamos una estabilidad diferente. Ya no nos detenemos cada vez que algo no encaja, no retrocedemos cada vez que surge una dificultad, no dudamos constantemente de lo que hemos recibido. Simplemente permanecemos firmes en el propósito para el cual hemos sido llamados.

Es en esa permanencia, que algo se fortalece. La fe se consolida, la confianza se profundiza, la relación se afirma. Y lo que al principio parecía incierto, con el tiempo comienza a tomar forma. Pero ese resultado no es lo que sostiene el proceso, es la consecuencia. Lo que sostiene el proceso es la convicción de que Dios nos habló, y que Su palabra es suficiente. Tal como una antorcha que alumbra en lugares oscuros, hasta que el día amanezca (**2 Pedro 1:19**).

Porque en el Reino, no siempre se camina viendo, se camina creyendo. Y el que ha aprendido a sostener la voz de Dios en medio de la incertidumbre, ha entrado en una dimensión de madurez donde ya no necesita tener todo claro para avanzar, sino que le basta saber que está siendo guiado. Y en ese lugar, la incertidumbre deja de ser una amenaza, para convertirse en el escenario donde la fe se vuelve real, firme y operativa.

Capítulo catorce

UNA IGLESIA QUE OYE A DIOS

La vida guiada por el Espíritu no fue diseñada únicamente para la experiencia individual, sino también para la expresión colectiva. El mismo Dios que habla al creyente en lo íntimo, desea dirigir a Su pueblo como cuerpo, como comunidad, como Iglesia. Sin embargo, uno de los grandes desafíos de este tiempo es que muchas congregaciones han desarrollado estructuras, métodos y programas, pero han perdido la práctica viva de discernir juntos la voz de Dios.

Una iglesia puede tener actividad, organización, enseñanza y crecimiento visible, pero si no está oyendo a Dios, carece de dirección espiritual real. Y cuando eso ocurre, el movimiento puede continuar, pero sin el gobierno del Espíritu. Se avanza, pero no necesariamente hacia donde Dios quiere.

El modelo bíblico muestra algo diferente. En el libro de los Hechos, la Iglesia no solo crecía, también era guiada. No tomaban decisiones únicamente basadas en estrategia, sino en discernimiento espiritual. **Hechos 13:2** presenta una escena poderosa: *“Ministrando estos al Señor, y ayunando,*

dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo...”. Aquí vemos una comunidad detenida, enfocada en Dios, y en ese contexto, el Espíritu habla y dirige.

Este pasaje revela varios principios fundamentales. Primero, que la dirección colectiva nace en un ambiente de comunión, no de prisa. Segundo, que el Espíritu Santo habla en medio del cuerpo, no solo a individuos aislados. Y tercero, que cuando la Iglesia está en la posición correcta, puede discernir con claridad lo que Dios está diciendo.

Sin embargo, esto requiere una condición previa: una comunidad sensible. No se puede oír a Dios colectivamente si cada miembro vive desconectado individualmente. La sensibilidad corporativa es el resultado de la sensibilidad personal. Cuando los creyentes aprenden a oír a Dios en lo íntimo, la Iglesia como cuerpo comienza a alinearse en lo colectivo.

El problema es que muchas veces se ha reemplazado este modelo por sistemas humanos. Decisiones basadas en lógica, en tendencias, en lo que funciona, en lo que atrae. Y aunque algunas de estas cosas pueden tener resultados visibles, no necesariamente reflejan la dirección del Espíritu.

Proverbios 14:12 advierte que hay caminos que parecen correctos al hombre, pero su fin es muerte. Este principio aplica también a la Iglesia. No todo lo que parece funcionar está alineado con la voluntad de Dios. Esto parece

lógico y simple, consultar a Dios por Su voluntad. Sin embargo, es lamentable pero no se practica.

Una iglesia que oye a Dios no se define solo por lo que hace, sino por cómo discierne. No se mueve por presión externa, ni por comparación con otras, ni por necesidad de resultados inmediatos. Se mueve por convicción interna, por dirección espiritual, por lo que Dios está hablando en ese momento.

Esto no elimina la organización ni la planificación, pero las coloca en su lugar correcto. No son la base, son herramientas. La base es la dirección del Espíritu.

Hechos 15 muestra otro ejemplo clave, cuando la iglesia enfrenta una decisión doctrinal importante. Después de discutir, analizar y discernir, llegan a una conclusión expresada de esta manera: *“Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros...”* (**Hechos 15:28**). Esta frase revela una armonía entre lo divino y lo humano, una alineación donde la decisión no es solo lógica, sino espiritual.

Este es el modelo que necesita ser restaurado: una Iglesia que no solo piensa, sino que discierne; que no solo decide, sino que busca la dirección del Espíritu; que no solo actúa, sino que responde a lo que Dios está hablando.

Pero para que esto ocurra, es necesario recuperar espacios que hoy han sido desplazados. Espacios de espera, de oración profunda, de búsqueda conjunta, de silencio

delante de Dios. Porque la voz de Dios no se discierne en medio de la prisa, sino en la presencia.

También se requiere humildad. Porque oír a Dios como cuerpo implica reconocer que nadie tiene toda la revelación completa. Se necesita escuchar, compartir, confirmar, discernir juntos. Y en ese proceso, el Espíritu guía a la comunidad hacia una misma dirección.

Una iglesia que oye a Dios no es perfecta, pero sí es sensible. Puede cometer errores, pero no pierde su dependencia. Puede atravesar procesos, pero no deja de buscar dirección. Su seguridad no está en su estructura, sino en su relación con Dios.

Y cuando una iglesia entra en esa dinámica, algo cambia profundamente. Las decisiones dejan de ser pesadas, porque no se toman solo desde la mente. El avance deja de ser incierto, porque hay convicción. El trabajo deja de ser una carga, porque hay gracia que lo respalda.

Además, se genera unidad. No una unidad forzada, sino una unidad que nace de estar alineados en una misma voz. Cuando Dios habla y el cuerpo responde, la división pierde espacio y la claridad se establece.

Efesios 4:3 habla de guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Esa unidad no se produce por esfuerzo humano, sino por alineación espiritual. Cuando todos están oyendo a Dios, comienzan a caminar en la misma dirección.

Este es el llamado para la Iglesia en este tiempo: no solo volver a la enseñanza, no solo fortalecer la estructura, sino recuperar la sensibilidad. Volver a ser una comunidad que escucha, que discierne, que responde.

Porque el futuro de la Iglesia no depende de cuánto hagamos, depende de cuánto podamos oír. Y una Iglesia que oye a Dios no camina a ciegas, no improvisa su destino, no depende de tendencias, sino que camina con dirección, avanza con propósito, y se convierte en un instrumento vivo del Reino en la tierra.

Porque cuando Dios habla y Su pueblo escucha, la historia comienza a escribirse alineada con el cielo.



Capítulo quince

¿ESTAMOS OYENDO O SOLO ESCUCHANDO?

A lo largo de este camino hemos hablado de ruido, de voces, de corazón, de discernimiento, de obediencia y de relación. Hemos expuesto el problema, identificado las distorsiones, revelado las fuentes de la voz de Dios y trazado el camino para aprender a oír con claridad. Pero todo ese desarrollo pierde sentido si no desemboca en una evaluación honesta, directa y personal.

Porque al final, la pregunta no es cuánto sabemos sobre la voz de Dios, sino qué estamos haciendo con lo que Él nos está hablando.

Existe una diferencia profunda entre escuchar y oír. Escuchar puede ser un acto pasivo, superficial, momentáneo; oír, en cambio, implica recibir, discernir y responder. Escuchar acumula información, oír produce transformación. Y muchos creyentes han desarrollado la capacidad de escuchar constantemente, pero no necesariamente la de oír de manera que sus vidas sean alineadas.

Jesús lo expresó repetidamente en los evangelios cuando decía: **“El que tiene oídos para oír, oiga”**. No estaba hablando de la capacidad física, sino de la disposición espiritual. Porque no todos los que oyen palabras, oyen realmente lo que Dios está diciendo. Este es el punto donde todo se define. No en la teoría, no en el conocimiento, sino en la respuesta.

A lo largo de este proceso, Dios probablemente ha hablado al corazón en diferentes áreas. Ha confrontado actitudes, ha señalado desvíos, ha despertado convicciones, ha mostrado ajustes necesarios. Y ahora la pregunta es inevitable: ¿qué vamos a hacer con eso? Porque no responder también es una respuesta.

El peligro de no enfrentar esta pregunta es continuar en una vida espiritual donde se acumulan palabras sin producir cambios. Se escuchan mensajes, se reciben enseñanzas, se reconocen verdades, pero la vida permanece igual. Y en ese estado, el creyente se acostumbra a convivir con la voz de Dios sin permitir que gobierne.

Santiago 1:23 y 24 compara a esta persona con alguien que se mira en un espejo y luego se olvida de cómo es. La Palabra revela, pero no transforma si no hay una acción que la acompañe. Y ese es el riesgo de una vida donde se escucha mucho, pero se oye poco.

Este capítulo no busca añadir más información, sino provocar una decisión. Porque el siguiente paso no es aprender algo nuevo, es aplicar lo que ya fue mostrado.

Tal vez el Espíritu ha señalado áreas de distracción que necesitan ser confrontadas. Tal vez ha evidenciado dureza en el corazón que necesita ser tratada. Tal vez ha expuesto dependencia de voces externas que debe ser ajustada. Tal vez ha revelado desobediencias que han sido postergadas. O quizás ha llamado a una intimidad más profunda que aún no ha sido abrazada.

Sea cual sea el caso, el punto es claro: Dios no habla en vano. Cada palabra que Él da tiene un propósito, una intención, una dirección. Y cuando esa palabra es recibida correctamente, produce vida. Pero cuando es ignorada, pierde efecto en la práctica, aunque siga siendo verdadera en esencia.

Hebreos 4:2 advierte que la palabra oída no aprovechó a algunos porque no fue acompañada de fe. Esto muestra que no basta con recibir, es necesario creer y responder. La fe no es solo creer que Dios habla, es actuar conforme a lo que ha dicho.

Este es el momento donde el lector deja de ser espectador y se convierte en protagonista de su propia vida espiritual. Ya no se trata de entender el tema, sino de vivirlo. Ya no se trata de analizar, sino de responder.

Dios no está buscando oyentes expertos, está buscando corazones sensibles. No está interesado en acumular conocimiento en la mente, sino en establecer gobierno en la vida. Y ese gobierno se manifiesta cuando lo que Él habla se convierte en acción.

Este cierre también es una invitación. No a hacer algo superficial, sino a volver al lugar correcto. A recuperar la sensibilidad, a restaurar la comunión, a ordenar el interior, a responder con sinceridad, porque siempre hay un camino de regreso, siempre hay oportunidad de ajustar, siempre hay gracia disponible para comenzar de nuevo.

No importa cuánto tiempo se haya vivido distraído, endurecido, independiente o confundido. Dios sigue hablando. Y Su voz sigue teniendo el poder de ordenar, de alinear, de dirigir. Pero la diferencia la marca la respuesta, esa que podemos dar hoy, no mañana. Ahora, no después.

Porque la voz de Dios no es solo para ser escuchada, es para ser obedecida. Y en esa obediencia, todo cambia, la claridad se establece, la dirección se afirma. la relación se profundiza, y la vida deja de ser un intento de entender a Dios, para convertirse en un caminar guiado por Él.

La pregunta queda abierta, pero no indefinida. Es personal, es directa, es inevitable: ¿Estamos oyendo, o solo estamos escuchando?

CONCLUSIÓN

“Una vida guiada por Dios”

Llegar hasta este punto no es simplemente haber terminado un libro, es haber atravesado un proceso. Un proceso que comenzó con confusión y termina con claridad, que empezó con ruido y culmina en dirección, que partió desde la incertidumbre y ahora invita a vivir desde la certeza. Pero es importante entender algo: este no es un cierre, es un comienzo.

Porque aprender a oír a Dios no es una meta que se alcanza y se termina, es una forma de vida que se sostiene. No es una experiencia aislada, es una relación continua. No es un momento puntual, es un caminar constante.

A lo largo de este recorrido, ha quedado claro que Dios no ha dejado de hablar, que Su voz no es inaccesible y que Su deseo no es ocultarse, sino guiar. También ha quedado en evidencia que el verdadero desafío no está en Dios, sino en la disposición del corazón humano para oír, discernir y responder.

Se ha mostrado cómo el Espíritu Santo guía desde adentro, cómo la Palabra establece el fundamento, cómo la paz confirma, cómo las circunstancias acompañan, cómo la quietud abre espacio, cómo la sensibilidad se desarrolla y cómo la obediencia afina el oído.

Pero todo esto converge en una sola realidad: Nuestra vida como hijos de Dios ha sido diseñada para ser guiada. No por emociones, no por lógica, no por presión externa, sino por la voz de Dios.

Y vivir de esta manera cambia absolutamente todo. Las decisiones dejan de ser una carga, porque ya no se toman desde la incertidumbre, sino desde la dirección. La ansiedad pierde fuerza, porque ya no es necesario controlar todo. La vida deja de ser reactiva y se vuelve intencional.

No significa que no habrá desafíos, ni momentos de duda, ni procesos difíciles. Pero en medio de todo eso, habrá algo que permanece: una voz que guía, una paz que sostiene y una certeza que afirma el camino.

Este es el verdadero resultado de aprender a oír a Dios: no una vida perfecta, sino una vida alineada. Y esa alineación produce algo que nada externo puede reemplazar: “la comunión profunda y real”.

Ya no se trata de buscar constantemente qué hacer, sino de caminar con Aquel que lo sabe. Ya no se trata de acumular palabras, sino de vivirlas. Ya no se trata de intentar entender a Dios desde lejos, sino de andar con Él de cerca.

La invitación final no es a seguir leyendo, es a seguir caminando. No es a buscar nuevas enseñanzas, es a aplicar lo que ya fue recibido. No es a depender de este libro, sino a depender de la voz de Dios.

Porque al final, todo se resume en esto: Dios habla... Nosotros oímos... Y la vida responde positivamente cuando gestionamos lo que Dios nos habla. Y cuando esa dinámica se establece, el caos se ordena, la confusión desaparece y el propósito comienza a manifestarse con claridad.

No porque todo esté resuelto, no porque nos volvemos infalibles, sino porque ya no estamos caminando solos, sino que estamos siendo guiados por el Dios Omnipresente, Omnisciente y Todopoderoso... Y sin duda, eso lo cambia todo.



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

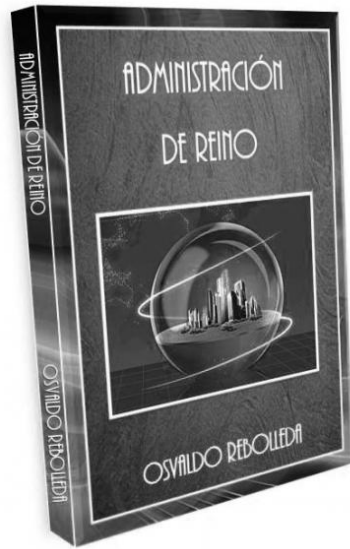
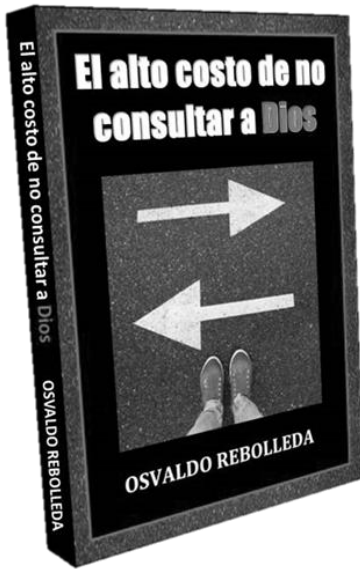


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

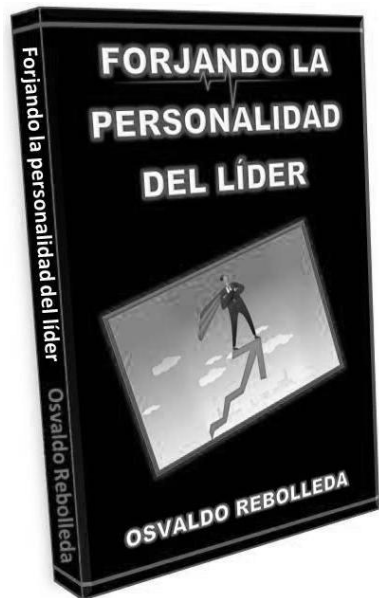
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

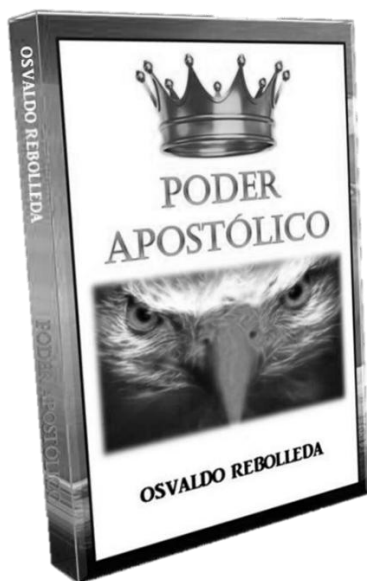
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

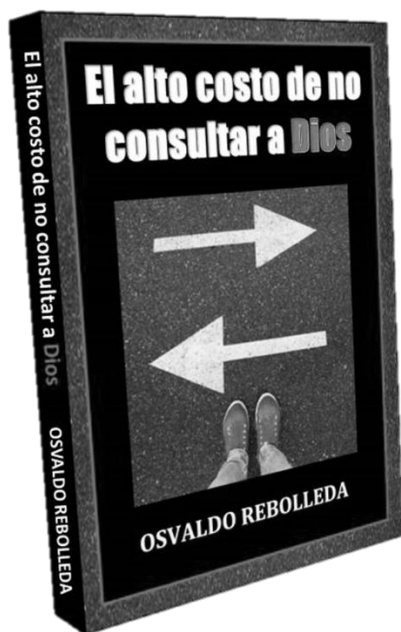


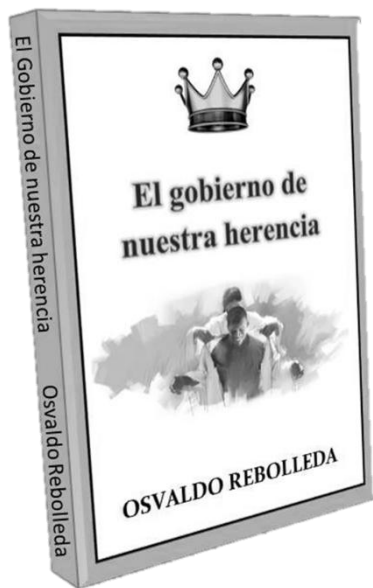
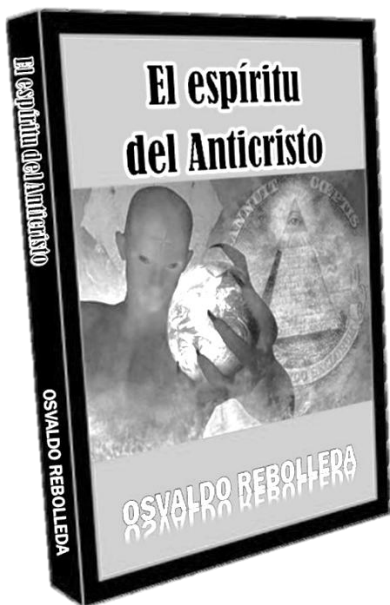
www.osvaldorebolleda.com



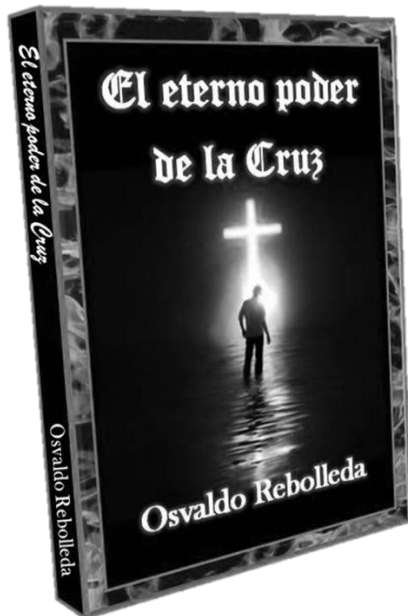
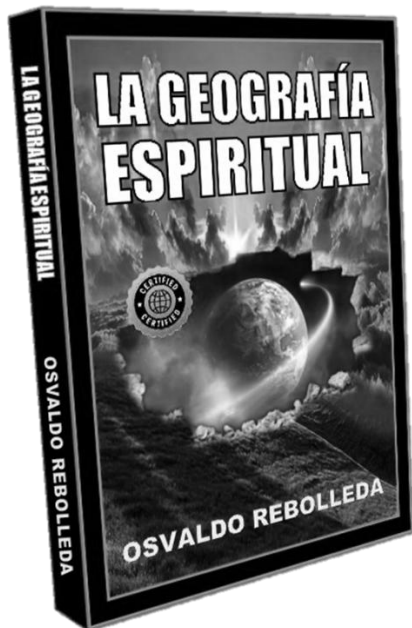


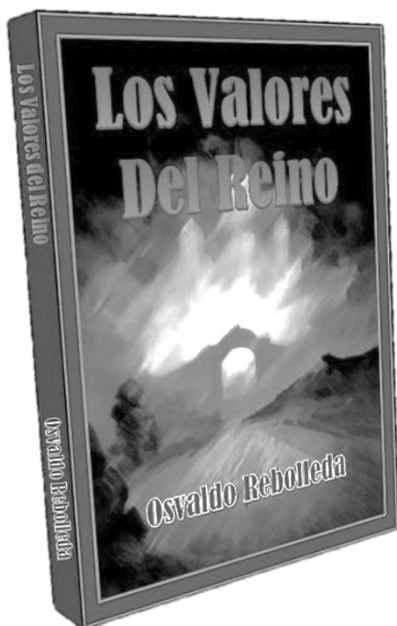
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

